

COMERCIO.

REVISTA DEL MERCADO

DE ACCIONES Y BONOS.

Valparaíso, 21 de marzo de 1888.

El mercado continúa en calma. Acciones bancarias.—En el mercado se vendieron 75 acciones del Banco Nacional de Chile...

PRECIO CORRIENTE

DE ACCIONES Y BONOS.

Valparaíso, marzo 20 de 1888.

Compartido de Chile... 175/176. Valparaíso... 175/176. Agrícola... 166/168.

BANOS

Table with columns for National de Chile, Valparaíso, Agrícola, Concepción, etc.

FERROCARRILES

Table with columns for De Coquimbo, Central, etc.

COMPANIAS DE GAS

Table with columns for Ca de Gas de Santiago, etc.

COMERCIOS DE MINAS

Table with columns for Occidente de Chacabuco, etc.

PROBLEMAS DE CERCOS

Table with columns for Explores de id., etc.

YANIAS

Table with columns for Mañera y Carbon, etc.

BONOS Y BILLETES

Table with columns for Denda interior, etc.

PRECIO CORRIENTE DE METALES

Table with columns for Oro americano, etc.

Balfour, Lyon y Co

DELAZAR, 26.—VALPARAISO. Fabricantes e importadores de máquinas...

COMPAÑIAS DE VAPOR

BOGAS y VAPOR, centrifugas y de mano...

ALAMBRE N.º 8, 10 y 12

FERROCARRILES PORTATILES. HORNAS DE MANGA y colinas...

Fierro, Cañerías, Correas

de las y demás artículos para la explotación de minas y otras industrias.

M. GREARD

SU RECEPCION EN LA ACADEMIA. (Traducción de L. Temp.)

Las razones de recepción académica se asemejan todas entre sí, si solo se atiende en cuenta la influencia del público que acude y la elección más caracterizada de este público...

LEYENDA DE JOSE MARIA.

(De La Figuro de Paris.)

La provincia de Cuenca, en la Nueva Castilla, es seguramente la parte de España menos conocida de los pintores, la menos explorada por los turistas...

Si embargo de que no deja de ser pintoresca, ni de tener recuerdos históricos. Lejos de eso; pero desprovista de caminos propiamente de ferrocarril, o de otros medios de locomoción cómodos, como el ferrocarril, que ninguna otra parte de la Península, su originalidad de hábitos y de costumbres...

Hace veinte años, más o menos, cuando visitamos esa provincia salvaje, en circunstancias especiales, que son como un vértigo en la historia del segundo imperio, el ferrocarril de Francia a Madrid no estaba aún concluido; y en el interior del norte de España no existía más que una ramificación que unía las provincias de Murcia y Valencia con Asturias...

En cualquiera otra parte se viajaba a lomo de mulo, se viajaba a caballo, o en tartana, o en litera, o en coche, o en un carruaje que hubiese un asomo de camino. La tartana es una especie de carreta cerrada, de cuatro ruedas, sin muelles de suspensión, absolutamente desprovista del confort de una silla elemental, tirada por dos o cuatro mulos con arneses empapados y mullidos de algodón, o de lana, o de paja...

En los caminos apenas tramos, o tallados en la roca misma, los viajeros eran tan terribles, que no se los recorda por este medio de locomoción si no en un caso extremo...

El señor Cánovas del Castillo, a quien reformamos hace algún tiempo nuestro viaje a la provincia de Cuenca, en un momento de este, el príncipe de Broglie; el gran marqués de la Universidad de Bayona, M. Graillet; el de la de hoy M. Fayet; el embajador de Rusia y la señora de Mohrenheim; lord Balver Lytton, el nuevo embajador de Inglaterra, más conocido como novelista...

No nos extendamos en el fondo de la cuestión, que es esencial, y en la que con tanto tacto como moderación y rindiendo siempre homenaje a la gran figura de M. Falloux, M. Greard ha hecho la crítica de la obra de su predecesor bajo el punto de vista de la forma de enseñanza; no citaremos más que una verdadera obra maestra de oratoria y que puede ser presentada como modelo en un curso de historia, el que compara los dos talentos tan distintos de M. Montalembert y de M. Falloux...

M. de Montalembert subía a su tribuna como al asalto, con la mirada centelleante, la frente ardeada de pasión, la cabeza echada hacia atrás, el pecho descubierto, y era como un toro que se levanta en su corral, alarmando a los espectadores con su voz clara, alta, sonora, parecía abrir el espacio a medida que se desarrollaba, la indignación, no la indignación de escuela o de oficio, sino sincera y profunda, lo transportaba, y la elocuencia brotaba de sus labios ardientes como la lava. Pero mientras que él se abandonaba a los movimientos de su alma irreflexiva, por las interrupciones, inflamada por los aplausos y los gritos, igualmente preparado para ser sorprendido como para decirlo todo, no había incidente que turbaba su sangre fría, rebeldado como una explosión inerte, la rechazaba con tal claridad que los oyentes se quedaban en silencio, algunas de sus respuestas han pasado a la historia, y a la historia también pertenecen los actos de energía que sostienen su resolución. Pero hasta en los transportes que se permitía, sentíase la calma de un espíritu que se posee. El atraía, regulaba y salvaba las discusiones. Era un profesor consumado...

Lo que nos parece característico notablemente el discurso de M. Greard, es que, en un lenguaje maravilloso sin concesión a las ideas personales que netamente ha expresado, ha sabido a la vez y con igual elocuencia ensalzar y criticar a su predecesor y pronunciar la colorada defensa pro universitate que de él se esperaba...

Distinta ha sido la respuesta del duque de Broglie; fina, delicada, pintoresca, armoniosa y abordable, con una elegancia igual, pero diferente, complaciéndose en desarrollar los principios que le son tan queridos y de los que M. Falloux ha sido defensor; su discurso es a la vez el de un orador esquivo y un gran señor y como el de M. Greard ha sido muy aplaudido. Este escede en comentarios. He aquí uno, por ejemplo...

«Un día que venía cargado de botín y albas preciosas y recogido de poderosas órdenes a su joven esposa, no la encontré. Al partir la había confiado a los cuidados de la vieja Anoniam, verdadera nobleza de Juana y que con abnegación había aceptado todos los peligros de esa vida de aventuras. Para proteger a las dos niñas, José María había oído y visto a su teniente, don Esteban, y sus hombres de quienes se creía seguro...

Estaban en un traidor. Confidente de todos los proyectos de aquel a quien llamaba su hermano, no tuvo el menor escrúpulo en comunicarse con la familia de don Esteban, que según sus avisos, había venido a esperar en Valencia una ocasión favorable para recuperar a la joven sin combatir y por astucia...

Apenas se había alejado José María, cuando Esteban desahuchado a uno de sus hombres a casa del conde de R. Valencia estaba a ocho horas de camino a lo mas, por senderos conocidos de los bandidos. El conde de R. tenía en su camino un lugar al que iba acompañado de un hijo mayor don Luis y de algunos servidores armados hasta los dientes...

Al día siguiente en la mañana, se presentaron de improviso ante Juana, que iba a dirigirse a la iglesia de Utiel. Le ordenaron que se siguiese...

«¡Jamás! le respondió; y si habéis venido a mi casa, iré a vuestra casa.» «¿Tu esposo? preguntó el desgraciado padre en el oído del furor...

«¡Sí, aquí mismo, en la iglesia de la aldea un fraile nos ha casado.» «¿Tú, Juana de R.?, la mujer de un bandido. ¿Un fraile, de un asesino. ¿Mi hermano entonces, no? ¿Verdad? ¿Y con un movimiento más ligero que el pensamiento, el viejo hundiéndose en un sillón en el pecho de su hijo...

«Al día siguiente una mirada a la víctima que yacía tendida a sus pies y a sus espaldas, seguida de sus hijos y de sus jentes espantadas...

Estaban y sus hombres habían recibido en Valencia el precio de su traición. Testigos de la muerte de la joven, emprendieron la fuga con el conde de R. y temiendo la venganza de José María, se obstinaron en que aquellos facilitara el embarque en G. de Valencia, en un buque con destino al África...

La vieja Anoniam se había precipitado en socorro de Juana a quien se obstinaba en volver a la patria; pero la joven estaba muerta, herida en pleno orzoum con una violencia inaudita. La voz se arrancaba de los labios de desesperación, y solo, sintió una profunda pena, al mirar el cadáver de aquella a quien siempre había llamado su hija. Enloquecida se dirigió a casa de la curia, y de aquellos que han pensado por los demás y cuyos escritos o discursos servían de alimento a las familias...

«¿Cuánto tiempo, cuánto más ha merecido el hijo de la tierra y de los católicos, tanto más tiene derecho a las lágrimas de los demás? ¿Por qué, para su numerosa y digna familia, las de nuestros lectores...»

BUEN PENSAMIENTO

Generalmente la vida o el capricho personal para más en estas condiciones higiénicas, se consideran que su objeto es preservar al hombre de las influencias atmosféricas...

Numerosas son las condiciones de cada individuo que determinan científicamente la materia, la traza, la grosura, el color, la anchura y hasta la forma de los vestidos que convengan en cada caso particular en que, sobre esto, se le consulte...

Desgraciadamente el hombre no se preocupa de su salud sino cuando la pierde, pero el higienista, en vez de esperar a que se haga un caso como el de ella, se ve precisado a prevenirla con todo el conocimiento que le da la ciencia...

Por fin volvió a levantarse el bandido, y entonces en pocas palabras, Anoniam le refirió lo que había pasado...

«Ayudado de sus hombres, José María ayudó a la tumba de la entrada del bandido la sepultura en donde Juana había depositado por aquel por quien todo lo había sacrificado; y después de algunas palabras de eterno adiós, José María, que había vuelto a ser dueño de sí mismo, cerró la tumba...

Distribuyó entre sus hombres el botín de su última expedición, y entregó al cura una parte de lo que le suplicó el sacerdote para sus pobres y para el cuidado de la sepultura de la tumba de Juana. En términos conmovedores le agradeció el trabajo que se había tomado, y le confió a la vieja Anoniam, a la cual aseguró la existencia en un rincón de oro. Después, sin otra una palabra, desapareció en la montaña...

No se volvió a ver jamás. Anoniam pretendió que por el tiempo que despus de una emboscada; otros han sostenido que fue hecho prisionero y muerto en Madrid en el cadalso. De esas dos versiones ninguna es verdadera...

José María, asomado por los remordimientos, agobiado de dolores, se hizo un día de cama, y la gran ansiedad un pequeño montón cubierto de césped, con un cruce de granito tallado en la roca de la montaña, y sobre la cual pudimos descubrir esta inscripción en latín con un dibujo que quedaba pendiente...

«¡JAMÁS! TUYO PARA SIEMPRE!»

Nuestro intérprete, don Euleno de Morat, nos refirió la dramática leyenda siguiente: José María, después de muchas aventuras, había robado en Madrid a una joven hija de una gran casa, llamada Juana B. de la que estaba profundamente enamorado, y era conde de ella, la familia, desgraciadamente, de la persecución del rapto, cuya cabeza se puso a precio...

Durante algunos meses los jendarmes y las tropas reales se dedicaron sin ningún resultado a reconocimientos que costaron la vida a más de un valiente soldado. José María se escapaba siempre, y siempre salía victorioso de sus encuentros con la guardia civil...

Nadie conocía como él los desfiladeros más inaccesibles de Sierra Morena, los cuales, entre de Cuenca, se subdividen en tres partes, describiendo, al seguir la ribera izquierda del Guadiana, numerosos circuitos que dan nacimiento a una multitud de prolongaciones que cubren el Aragón y los reinos de Valencia y de Murcia de un modo formidable de colinas y valles. Esas prolongaciones llevan todas diferentes nombres, célebres en los fastos del vandalismo. Por todas partes son las aldeas, José María tenía amigos que desorientaban con gusto a sus perseguidores...

Se había refugiado en lo mas inaccesible de la montaña, pero muy sereno a la aldea de Utiel, cuyos habitantes lo conocían muy bien por haberse casado muchas veces con la protectora contra los insurrectos en tiempo de la guerra civil o contra otros bandos menos caballerescos que él. Estos campesinos le servían de proveedores y no dejaban que nada faltase a la joven pareja, cuya unión el cura de Utiel, aunque algo a pesar, había debido consagrar...

Un día que venía cargado de botín y albas preciosas y recogido de poderosas órdenes a su joven esposa, no la encontré. Al partir la había confiado a los cuidados de la vieja Anoniam, verdadera nobleza de Juana y que con abnegación había aceptado todos los peligros de esa vida de aventuras. Para proteger a las dos niñas, José María había oído y visto a su teniente, don Esteban, y sus hombres de quienes se creía seguro...

Estaban en un traidor. Confidente de todos los proyectos de aquel a quien llamaba su hermano, no tuvo el menor escrúpulo en comunicarse con la familia de don Esteban, que según sus avisos, había venido a esperar en Valencia una ocasión favorable para recuperar a la joven sin combatir y por astucia...

Apenas se había alejado José María, cuando Esteban desahuchado a uno de sus hombres a casa del conde de R. Valencia estaba a ocho horas de camino a lo mas, por senderos conocidos de los bandidos. El conde de R. tenía en su camino un lugar al que iba acompañado de un hijo mayor don Luis y de algunos servidores armados hasta los dientes...

Al día siguiente en la mañana, se presentaron de improviso ante Juana, que iba a dirigirse a la iglesia de Utiel. Le ordenaron que se siguiese...

«¡Jamás! le respondió; y si habéis venido a mi casa, iré a vuestra casa.» «¿Tu esposo? preguntó el desgraciado padre en el oído del furor...

«¡Sí, aquí mismo, en la iglesia de la aldea un fraile nos ha casado.» «¿Tú, Juana de R.?, la mujer de un bandido. ¿Un fraile, de un asesino. ¿Mi hermano entonces, no? ¿Verdad? ¿Y con un movimiento más ligero que el pensamiento, el viejo hundiéndose en un sillón en el pecho de su hijo...

LEYENDA DE JOSE MARIA.

(De La Figuro de Paris.)

La provincia de Cuenca, en la Nueva Castilla, es seguramente la parte de España menos conocida de los pintores, la menos explorada por los turistas...

Si embargo de que no deja de ser pintoresca, ni de tener recuerdos históricos. Lejos de eso; pero desprovista de caminos propiamente de ferrocarril, o de otros medios de locomoción cómodos, como el ferrocarril, que ninguna otra parte de la Península, su originalidad de hábitos y de costumbres...

Hace veinte años, más o menos, cuando visitamos esa provincia salvaje, en circunstancias especiales, que son como un vértigo en la historia del segundo imperio, el ferrocarril de Francia a Madrid no estaba aún concluido; y en el interior del norte de España no existía más que una ramificación que unía las provincias de Murcia y Valencia con Asturias...

En cualquiera otra parte se viajaba a lomo de mulo, se viajaba a caballo, o en tartana, o en litera, o en coche, o en un carruaje que hubiese un asomo de camino. La tartana es una especie de carreta cerrada, de cuatro ruedas, sin muelles de suspensión, absolutamente desprovista del confort de una silla elemental, tirada por dos o cuatro mulos con arneses empapados y mullidos de algodón, o de lana, o de paja...

En los caminos apenas tramos, o tallados en la roca misma, los viajeros eran tan terribles, que no se los recorda por este medio de locomoción si no en un caso extremo...

El señor Cánovas del Castillo, a quien reformamos hace algún tiempo nuestro viaje a la provincia de Cuenca, en un momento de este, el príncipe de Broglie; el gran marqués de la Universidad de Bayona, M. Graillet; el de la de hoy M. Fayet; el embajador de Rusia y la señora de Mohrenheim; lord Balver Lytton, el nuevo embajador de Inglaterra, más conocido como novelista...

No nos extendamos en el fondo de la cuestión, que es esencial, y en la que con tanto tacto como moderación y rindiendo siempre homenaje a la gran figura de M. Falloux, M. Greard ha hecho la crítica de la obra de su predecesor bajo el punto de vista de la forma de enseñanza; no citaremos más que una verdadera obra maestra de oratoria y que puede ser presentada como modelo en un curso de historia, el que compara los dos talentos tan distintos de M. Montalembert y de M. Falloux...

M. de Montalembert subía a su tribuna como al asalto, con la mirada centelleante, la frente ardeada de pasión, la cabeza echada hacia atrás, el pecho descubierto, y era como un toro que se levanta en su corral, alarmando a los espectadores con su voz clara, alta, sonora, parecía abrir el espacio a medida que se desarrollaba, la indignación, no la indignación de escuela o de oficio, sino sincera y profunda, lo transportaba, y la elocuencia brotaba de sus labios ardientes como la lava. Pero mientras que él se abandonaba a los movimientos de su alma irreflexiva, por las interrupciones, inflamada por los aplausos y los gritos, igualmente preparado para ser sorprendido como para decirlo todo, no había incidente que turbaba su sangre fría, rebeldado como una explosión inerte, la rechazaba con tal claridad que los oyentes se quedaban en silencio, algunas de sus respuestas han pasado a la historia, y a la historia también pertenecen los actos de energía que sostienen su resolución. Pero hasta en los transportes que se permitía, sentíase la calma de un espíritu que se posee. El atraía, regulaba y salvaba las discusiones. Era un profesor consumado...

Lo que nos parece característico notablemente el discurso de M. Greard, es que, en un lenguaje maravilloso sin concesión a las ideas personales que netamente ha expresado, ha sabido a la vez y con igual elocuencia ensalzar y criticar a su predecesor y pronunciar la colorada defensa pro universitate que de él se esperaba...

Distinta ha sido la respuesta del duque de Broglie; fina, delicada, pintoresca, armoniosa y abordable, con una elegancia igual, pero diferente, complaciéndose en desarrollar los principios que le son tan queridos y de los que M. Falloux ha sido defensor; su discurso es a la vez el de un orador esquivo y un gran señor y como el de M. Greard ha sido muy aplaudido. Este escede en comentarios. He aquí uno, por ejemplo...

«Un día que venía cargado de botín y albas preciosas y recogido de poderosas órdenes a su joven esposa, no la encontré. Al partir la había confiado a los cuidados de la vieja Anoniam, verdadera nobleza de Juana y que con abnegación había aceptado todos los peligros de esa vida de aventuras. Para proteger a las dos niñas, José María había oído y visto a su teniente, don Esteban, y sus hombres de quienes se creía seguro...

Estaban en un traidor. Confidente de todos los proyectos de aquel a quien llamaba su hermano, no tuvo el menor escrúpulo en comunicarse con la familia de don Esteban, que según sus avisos, había venido a esperar en Valencia una ocasión favorable para recuperar a la joven sin combatir y por astucia...

Apenas se había alejado José María, cuando Esteban desahuchado a uno de sus hombres a casa del conde de R. Valencia estaba a ocho horas de camino a lo mas, por senderos conocidos de los bandidos. El conde de R. tenía en su camino un lugar al que iba acompañado de un hijo mayor don Luis y de algunos servidores armados hasta los dientes...

Al día siguiente en la mañana, se presentaron de improviso ante Juana, que iba a dirigirse a la iglesia de Utiel. Le ordenaron que se siguiese...

«¡Jamás! le respondió; y si habéis venido a mi casa, iré a vuestra casa.» «¿Tu esposo? preguntó el desgraciado padre en el oído del furor...

«¡Sí, aquí mismo, en la iglesia de la aldea un fraile nos ha casado.» «¿Tú, Juana de R.?, la mujer de un bandido. ¿Un fraile, de un asesino. ¿Mi hermano entonces, no? ¿Verdad? ¿Y con un movimiento más ligero que el pensamiento, el viejo hundiéndose en un sillón en el pecho de su hijo...

«Al día siguiente una mirada a la víctima que yacía tendida a sus pies y a sus espaldas, seguida de sus hijos y de sus jentes espantadas...

Estaban y sus hombres habían recibido en Valencia el precio de su traición. Testigos de la muerte de la joven, emprendieron la fuga con el conde de R. y temiendo la venganza de José María, se obstinaron en que aquellos facilitara el embarque en G. de Valencia, en un buque con destino al África...

La vieja Anoniam se había precipitado en socorro de Juana a quien se obstinaba en volver a la patria; pero la joven estaba muerta, herida en pleno orzoum con una violencia inaudita. La voz se arrancaba de los labios de desesperación, y solo, sintió una profunda pena, al mirar el cadáver de aquella a quien siempre había llamado su hija. Enloquecida se dirigió a casa de la curia, y de aquellos que han pensado por los demás y cuyos escritos o discursos servían de alimento a las familias...

«¿Cuánto tiempo, cuánto más ha merecido el hijo de la tierra y de los católicos, tanto más tiene derecho a las lágrimas de los demás? ¿Por qué, para su numerosa y digna familia, las de nuestros lectores...»

Numerosas son las condiciones de cada individuo que determinan científicamente la materia, la traza, la grosura, el color, la anchura y hasta la forma de los vestidos que convengan en cada caso particular en que, sobre esto, se le consulte...

Desgraciadamente el hombre no se preocupa de su salud sino cuando la pierde, pero el higienista, en vez de esperar a que se haga un caso como el de ella, se ve precisado a prevenirla con todo el conocimiento que le da la ciencia...

Por fin volvió a levantarse el bandido, y entonces en pocas palabras, Anoniam le refirió lo que había pasado...

«Ayudado de sus hombres, José María ayudó a la tumba de la entrada del bandido la sepultura en donde Juana había depositado por aquel por quien todo lo había sacrificado; y después de algunas palabras de eterno adiós, José María, que había vuelto a ser dueño de sí mismo, cerró la tumba...

Distribuyó entre sus hombres el botín de su última expedición, y entregó al cura una parte de lo que le suplicó el sacerdote para sus pobres y para el cuidado de la sepultura de la tumba de Juana. En términos conmovedores le agradeció el trabajo que se había tomado, y le confió a la vieja Anoniam, a la cual aseguró la existencia en un rincón de oro. Después, sin otra una palabra, desapareció en la montaña...

No se volvió a ver jamás. Anoniam pretendió que por el tiempo que despus de una emboscada; otros han sostenido que fue hecho prisionero y muerto en Madrid en el cadalso. De esas dos versiones ninguna es verdadera...

José María, asomado por los remordimientos, agobiado de dolores, se hizo un día de cama, y la gran ansiedad un pequeño montón cubierto de césped, con un cruce de granito tallado en la roca de la montaña, y sobre la cual pudimos descubrir esta inscripción en latín con un dibujo que quedaba pendiente...

«¡JAMÁS! TUYO PARA SIEMPRE!»

Nuestro intérprete, don Euleno de Morat, nos refirió la dramática leyenda siguiente: José María, después de muchas aventuras, había robado en Madrid a una joven hija de una gran casa, llamada Juana B. de la que estaba profundamente enamorado, y era conde de ella, la familia, desgraciadamente, de la persecución del rapto, cuya cabeza se puso a precio...

Durante algunos meses los jendarmes y las tropas reales se dedicaron sin ningún resultado a reconocimientos que costaron la vida a más de un valiente soldado. José María se escapaba siempre, y siempre salía victorioso de sus encuentros con la guardia civil...

Nadie conocía como él los desfiladeros más inaccesibles de Sierra Morena, los cuales, entre de Cuenca, se subdividen en tres partes, describiendo, al seguir la ribera izquierda del Guadiana, numerosos circuitos que dan nacimiento a una multitud de prolongaciones que cubren el Aragón y los reinos de Valencia y de Murcia de un modo formidable de colinas y valles. Esas prolongaciones llevan todas diferentes nombres, célebres en los fastos del vandalismo. Por todas partes son las aldeas, José María tenía amigos que desorientaban con gusto a sus perseguidores...

Se había refugiado en lo mas inaccesible de la montaña, pero muy sereno a la aldea de Utiel, cuyos habitantes lo conocían muy bien por haberse casado muchas veces con la protectora contra los insurrectos en tiempo de la guerra civil o contra otros bandos menos caballerescos que él. Estos campesinos le servían de proveedores y no dejaban que nada faltase a la joven pareja, cuya unión el cura de Utiel, aunque algo a pesar, había debido consagrar...

Un día que venía cargado de botín y albas preciosas y recogido de poderosas órdenes a su joven esposa, no la encontré. Al partir la había confiado a los cuidados de la vieja Anoniam, verdadera nobleza de Juana y que con abnegación había aceptado todos los peligros de esa vida de aventuras. Para proteger a las dos niñas, José María había oído y visto a su teniente, don Esteban, y sus hombres de quienes se creía seguro...

Estaban en un traidor. Confidente de todos los proyectos de aquel a quien llamaba su hermano, no tuvo el menor escrúpulo en comunicarse con la familia de don Esteban, que según sus avisos, había venido a esperar en Valencia una ocasión favorable para recuperar a la joven sin combatir y por astucia...

Apenas se había alejado José María, cuando Esteban desahuchado a uno de sus hombres a casa del conde de R. Valencia estaba a ocho horas de camino a lo mas, por senderos conocidos de los bandidos. El conde de R. tenía en su camino un lugar al que iba acompañado de un hijo mayor don Luis y de algunos servidores armados hasta los dientes...

Al día siguiente en la mañana, se presentaron de improviso ante Juana, que iba a dirigirse a la iglesia de Utiel. Le ordenaron que se siguiese...

«¡Jamás! le respondió; y si habéis venido a mi casa, iré a vuestra casa.» «¿Tu esposo? preguntó el desgraciado padre en el oído del furor...

«¡Sí, aquí mismo, en la iglesia de la aldea un fraile nos ha casado.» «¿Tú, Juana de R.?, la mujer de un bandido. ¿Un fraile, de un asesino. ¿Mi hermano entonces, no? ¿Verdad? ¿Y con un movimiento más ligero que el pensamiento, el viejo hundiéndose en un sillón en el pecho de su hijo...

«Al día siguiente una mirada a la víctima que yacía tendida a sus pies y a sus espaldas, seguida de sus hijos y de sus jentes espantadas...

Estaban y sus hombres habían recibido en Valencia el precio de su traición. Testigos de la muerte de la joven, emprendieron la fuga con el conde de R. y temiendo la venganza de José María, se obstinaron en que aquellos facilitara el embarque en G. de Valencia, en un buque con destino al África...

La vieja Anoniam se había precipitado en socorro de Juana a quien se obstinaba en volver a la patria; pero la joven estaba muerta, herida en pleno orzoum con una violencia inaudita. La voz se arrancaba de los labios de desesperación, y solo, sintió una profunda pena, al mirar el cadáver de aquella a quien siempre había llamado su hija. Enloquecida se dirigió a casa de la curia, y de aquellos que han pensado por los demás y cuyos escritos o discursos servían de alimento a las familias...

«¿Cuánto tiempo, cuánto más ha merecido el hijo de la tierra y de los católicos, tanto más tiene derecho a las lágrimas de los demás? ¿Por qué, para su numerosa y digna familia, las de nuestros lectores...»

Numerosas son las condiciones de cada individuo que determinan científicamente la materia, la traza, la grosura, el color, la anchura y hasta la forma de los vestidos que convengan en cada caso particular en que, sobre esto, se le consulte...

Desgraciadamente el hombre no se preocupa de su salud sino cuando la pierde, pero el higienista, en vez de esperar a que se haga un caso como el de ella, se ve precisado a prevenirla con todo el conocimiento que le da la ciencia...

Por fin volvió a levantarse el bandido, y entonces en pocas palabras, Anoniam le refirió lo que había pasado...

«Ayudado de sus hombres, José María ayudó a la tumba de la entrada del bandido la sepultura en donde Juana había depositado por aquel por quien todo lo había sacrificado; y después de algunas palabras de eterno adiós, José María, que había vuelto a ser dueño de sí mismo, cerró la tumba...

Distribuyó entre sus hombres el botín de su última expedición, y entregó al cura una parte de lo que le suplicó el sacerdote para sus pobres y para el cuidado de la sepultura de la tumba de Juana. En términos conmovedores le agradeció el trabajo que se había tomado, y le confió a la vieja Anoniam, a la cual aseguró la existencia en un rincón de oro. Después, sin otra una palabra, desapareció en la montaña...

No se volvió a ver jamás. Anoniam pretendió que por el tiempo que despus de una emboscada; otros han sostenido que fue hecho prisionero y muerto en Madrid en el cadalso. De esas dos versiones ninguna es verdadera...

José María, asomado por los remordimientos, agobiado de dolores, se hizo un día de cama, y la gran ansiedad un pequeño montón cubierto de césped, con un cruce de granito tallado en la roca de la montaña, y sobre la cual pudimos descubrir esta inscripción en latín con un dibujo que quedaba pendiente...

«¡JAMÁS! TUYO PARA SIEMPRE!»

Nuestro intérprete, don Euleno de Morat, nos refirió la dramática leyenda siguiente: José María, después de muchas aventuras, había robado en Madrid a una joven hija de una gran casa, llamada Juana B. de la que estaba profundamente enamorado, y era conde de ella, la familia, desgraciadamente, de la persecución del rapto, cuya cabeza se puso a precio...

Durante algunos meses los jendarmes y las tropas reales se dedicaron sin ningún resultado a reconocimientos que costaron la vida a más de un valiente soldado. José María se escapaba siempre, y siempre salía victorioso de sus encuentros con la guardia civil...

Nadie conocía como él los desfiladeros más inaccesibles de Sierra Morena, los cuales, entre de Cuenca, se subdividen en tres partes, describiendo, al seguir la ribera izquierda del Guadiana, numerosos circuitos que dan nacimiento a una multitud de prolongaciones que cubren el Aragón y los reinos de Valencia y de Murcia de un modo formidable de colinas y valles. Esas prolongaciones llevan todas diferentes nombres, célebres en los fastos del vandalismo. Por todas partes son las aldeas, José María tenía amigos que desorientaban con gusto a sus perseguidores...

Se había refugiado en lo mas inaccesible de la montaña, pero muy sereno a la aldea de Utiel, cuyos habitantes lo conocían muy bien por haberse casado muchas veces con la protectora contra los insurrectos en tiempo de la guerra civil o contra otros bandos menos caballerescos que él. Estos campesinos le servían de proveedores y no dejaban que nada faltase a la joven pareja, cuya unión el cura de Utiel, aunque algo a pesar, había debido consagrar...

Un día que venía cargado de botín y albas preciosas y recogido de poderosas órdenes a su joven esposa, no la encontré. Al partir la había confiado a los cuidados de la vieja Anoniam, verdadera nobleza de Juana y que con abnegación había aceptado todos los peligros de esa vida de aventuras. Para proteger a las dos niñas, José María había oído y visto a su teniente, don Esteban, y sus hombres de quienes se creía seguro...

Estaban en un traidor. Confidente de todos los proyectos de aquel a quien llamaba su hermano, no tuvo el menor escrúpulo en comunicarse con la familia